

Luces y estrella

Primer Accésit

Rosa Carranza García

NO SABÍA MUY BIEN dónde me encontraba ni cuánto tiempo había transcurrido desde que el resplandeciente coche de empresa me había trasladado hasta ese lugar, pero tenía la extraña sensación de que aún siendo un espacio desconocido, existía algo que me acercaba al ambiente, que me hacía sentir como pez en el agua, seguro, desenvuelto. Sin embargo, aquel techo de cristal dejaba percibir tan de cerca el contacto con la atmósfera externa, que contribuía a que mi pequeñez se pronunciara en relación con todo lo que a través de él me estaba rodeando.

Aparté de mí esta idea y abrí el cartapacio que había colocado instantes atrás sobre la mesa, en realidad, sobre el único mueble que había en la estancia, para comprobar que dentro se encontraban todos los documentos que constituían el brillante y pormenorizado proyecto que me había llevado hasta allí y por el que estaba dispuesto a luchar frente a aquellos desconocidos sujetos.

Fueron unos meses de duro trabajo y de esfuerzos a veces infructuosos, pero el resultado final mereció la pena y contaba con la total seguridad de que la propuesta sería inmejorable.

Sujeté con fuerza aquella gruesa carpeta y apoyándola sobre mi costado izquierdo, me introduje en el estrecho pasillo que comenzaba al fondo de la gran sala octogonal y que probablemente me conduciría hacia el éxito.

La intensa luz, producida por los rayos de sol al atravesar el vidrio y acentuada por el choque de éstos contra el pulido mármol que envolvía suelo paredes, fue sustituida por otra no menos intensa pero sí más vacía de calidez natural. Decenas de luminarias encendiéndose a mi paso y apagándose segundo después tras mi espalda, marcándome el camino sin pérdida de aquel recorrido.

Mi paso era firme, ligero lleno de aplomo. Era yo quien establecía un ritmo rápido de encendidos y apagados y no pude evitar hacer un pequeño guiño al sofisticado sistema de iluminación, dando un par de pasos hacia atrás. ¿Estarían aquellas minúsculas bombillas atentas a todos mis movimientos o sería capaz de despistarlas?

Comprobé que, efectivamente, se activaban las de la parte posterior mientras casi simultáneamente iban perdiendo luz las situadas delante de mí. Tuve que reconocerlo. Me habían ganado, aunque no descartaba retarlas de nuevo. Al fin y al cabo, aquél imaginario combate podría aportar un toque de divertimento al interminable paseo.

Repentinamente, recordé que al repasar el contenido de la carpeta, entre la documentación no se encontraba el plano principal, el que esquematizaba punto por punto el conjunto del proyecto.

Ese plano es imprescindible, me dije. La exposición perderá rotundidad sin él. No puede faltar. Pero es imposible, yo mismo lo guardé anoche con el resto de los documentos.

Achaqué mi despiste a la excitación del momento y decidí dar una corta carrerilla para comprobar si las luces que brillaban sobre mi cabeza se adecuaban a la nueva velocidad de mis pasos.

De nuevo la luz se apartó de mí las bombillas dejaron de encenderse consecutivamente cuando paré en seco. En ese momento, una inmensa sensación de

desasosiego me empezaba a invadir por dentro. Comprendí que no era mi presencia o mi ausencia las que hacían que aparecieran o desaparecieran los haces de luz, sino que precisamente al contrario, era el sistema eléctrico el que controlaba mis reacciones, el que marcaba un ritmo independiente a mis deseos.

Sentí por un momento que el pasillo se estrechaba, el eco se aproximaba más a mí y el calor de las incandescentes lamparitas era cada vez más cercano. La temperatura de mi cuerpo había aumentado pero el sudor que me recorría era frío, helador y el corazón se dejaba notar en mi pecho con rápidas y constantes palpitaciones. Tenía la boca seca y por las yemas de los dedos se iniciaba un ligero hormigueo que acabaría por recorrerme entero.

Traté de avanzar por la moqueta que cubría el pasillo me retenía, siguiendo los órdenes de las luces que controlan mi vida en ese momento desde una posición superior. El corredor se hacía poco a poco cada vez más largo. Interminable. Los dedos acorchados de mi mano izquierda no pudieron seguir sujetando la carpeta, que cayó al suelo irremediadamente, consiguiendo que los papeles se extendieran de forma desordenada a mi alrededor. Entre ellos, un poco más alejado, puede ver el plano cuya ausencia me intranquilizó momentos antes.

Estaba seguro de que lo había puesto aquí.

Recogí todo aquello y lo ordené con cierta facilidad ya que conocía línea por línea cada escrito, cada esquema, cada fórmula. Quizás el imprevisto y la necesidad de actuar con rapidez me hicieron olvidar que las luces seguían ahí, impertérritas, activándose y desactivándose en el momento exacto en que debían hacerlo. El caso es que no volví a reparar en ellas. Fue como si hubieran dejado de existir.

Continué el recorrido y a lo largo de la ya corta distancia que me separaba de la sala de reuniones sentí que rozaba el objetivo que me había propuesto. Debieron ser horas las que pasé en aquella sala exponiendo los resultados del esfuerzo realizado en los meses precedentes pero la frase final del presidente, anterior a la despedida, estampó una sonrisa en mi rostro que me acompañó durante los pocos segundos que empleé en esta ocasión para desandar el camino de regreso por el pasillo. Mi única preocupación era la de distribuir todo el aire que se había instalado en mis pulmones y que ocupaba todas y cada una de mis venas, produciéndome la sensación de que estallarían allí mismo, como así lo hicieron, una vez atravesado el umbral de acceso a la inmensa sala octogonal que había vivido conmigo el transcurso de aquellas horas y que me regalaba ahora, a través de su cristalino techo, un oscuro manto salpicado de infinitas y minúsculas lucecitas resplandecientes que me inundaron por fuera y por dentro como si de lluvia fresca se tratase. Al instante, una de ellas se separó del resto cayendo vertiginosamente para confirmar que mi proyecto llegarían a su fin.

Los ojos de la noche

Begoña Eguía Gutiérrez

Segundo Accésit

MIENTRAS TERMINABAN de colocarle la armadura, pensaba en el asalto: sería sencillo; llegarían por sorpresa, y seguramente ni siquiera habría bajas entre los suyos. Se dirigió hacia el patio de armas, donde los hombres estaban preparados, esperándole. La greba en su pierna izquierda producía un característico sonido metálico a su paso renqueante. Era la secuela de una grave lanzada en el muslo, durante las cruzadas. El palafrenero trajo su caballo, se ajustó los guanteletes y montó con agilidad.

Partieron a su señal, atravesando el puente levadizo, fantasmales, entre los jirones de niebla que cubrían la cárcava. El mar se batía furioso contra el acantilado. Al frente, el ancho valle les esperaba.

Elevó la mirada hacia la torre, sabiendo que estaría allí, y admiró una vez más la blancura de su piel que contrastaba con el cielo lívido del amanecer. Excitado por el recuerdo de la noche anterior, espoleó con furia el caballo. Nítidas sensaciones volvían a su mente: la dorada luz del fuego de la chimenea, el sabor del vino, la suavidad de las pieles que cubrían el piso, el olor de su cuerpo de nieve que lo enloquecía, dulce y salvaje a la vez, el sonido del clavicémbalo, aquel artilugio que tanto le había costado traer para complacerla...

No había tenido valor para decirle que era su propio hermano el traidor, el conspirador que sería despojado del territorio y la vida en aquella campaña.

Cabalgaron durante horas sin detenerse. El sol había alcanzado su cenit cuando llegaron. Apostó la mayor parte de los jinetes en el bosque cercano. La sospecha del cuñado quedaría a salvo si se presentaba en la fortaleza con un reducido grupo de hombres. Entraron sin problemas, dejando atrás el cuerpo ensangrentado del portero, al que la sorpresa no permitió reaccionar. Cuando a la confusión de criados y escuderos sucedió una desorganizada resistencia, los hombres del bosque ya estaban allí. Fue sencillo, tal y como esperaba.

Frente al cuerpo del cuñado muerto, la expresión de su rostro sombrío delataba la violencia de su espíritu; imaginaba el dolor de ella cuando al regreso se viera obligado a presentarle aquel cadáver.

Las voces de los soldados, que ya regaban con vino la victoria, se perdían en ecos a través de corredores y escaleras. Se levantó, buscando algún lugar donde descansar. Salió del castillo, la espesa vegetación se recortaba sobre las últimas luces del ocaso, cubriendo de sombras el paisaje. El silencio, tan sólo interrumpido por el canto de algún ave nocturna se oponía con intensidad al fragor de la batalla que aún resonaba en sus oídos. Se tumbó en un claro, boca arriba, los brazos cruzados detrás de la nuca. Cuando las primeras estrellas comenzaron a despuntar, se durmió...

Las lascas saltaban en todas las direcciones bajo la mano que labraba la roca volcánica con habilidad. Acabó de darle los últimos retoques y la observó con entusiasmo.

Estaba orgulloso de su obra. Gracias a la nueva piedra que había descubierto en el barranco, a dos lunas de camino, rodeando la montaña humeante que escupía fuego,

había conseguido el mejor hacha de mano conocido. La simétrica era perfecta, y la variación en el talón, permitía una sujeción firme y más cómoda.

Se encaminó, con un trotecillo desigual, hacia la gran hoguera que resplandecía a orillas del lago. Su pierna muerta, a causa del zarpazo del tigre, le impedía salir a cazar, pero ello le había permitido convertirse en el mejor artesano. La tribu le respetaba casi tanto como al brujo.

Aquella era una noche de celebración; los hombres habían arrebatado los restos de un mamut lanudo a una manada de hienas. Significaba alimento para varios días.

El animal había sido despedazado en trozos proporcionales y junto a la carne, brillaban a la luz del fuego los grandes huesos amontonados.

Reunió a los hombres y les mostró la nueva herramienta, que fue pasando de mano en mano con gestos de aprobación. Colocó ante sí un hueso, en el que descargó con el hacha un fuerte golpe en sentido longitudinal. éste se abrió limpiamente, mostrando el apreciado tuétano, y una exclamación de euforia salió al unísono de todas las gargantas. Se inclinaron ávidos, para coger alimento con las manos, algunos sorbían directamente la caña.

Saciado y feliz, estuvo mucho tiempo danzando alrededor del fuego con los demás, antes de alejarse, exhausto, para buscar un lugar donde tumbarse a descansar bajo las estrellas.

Se despertó a causa del aliento fétido de la bestia que abría sus fauces por encima de su cabeza. Contempló su cerca, aterrado, aquel carnívoro de seis metros de altura, erguido sobre las patas traseras.

Fue inútil que buscara con insistencia la espada sobre su muslo, inútil que avanzase a gatas, tropezando, desesperado, viéndose indefenso y semidesnudo, sin acertar a descifrar qué había sido del castillo, de los caballos, de sus hombres, inútil que apretara los párpados con fuerza para intentar despertar de aquella pesadilla; seguía allí, divisando confusamente aquellas figuras grotescas que corrían enloquecidas entre el humo de un gran fuego, allí, bajo los colmillos de aquel monstruo incomprensible, bajo las mismas estrellas impávidas que habían velado su sueño...

© Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid, 1999